Los Beneficios de ser un Hijo de Dios // Daniel Del Vecchio

Adopción como Hijos de Dios y la obra del Espíritu Santo

La Escritura enseña que la adopción como hijos de Dios no es una idea simbólica ni emocional, sino una realidad espiritual fundamentada en la obra redentora de Cristo. En Gálatas capítulo 4 se declara que Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos. Esta adopción se confirma cuando Dios envía a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: “Abba, Padre”. No es un sentimiento pasajero, sino una acción soberana de Dios en favor del creyente.

Los beneficios y las obligaciones del cristianismo descansan en lo que Dios ha hecho por nosotros y en nosotros, no en lo que sentimos. La seguridad espiritual proviene de la Palabra de Dios y de la revelación que Él da, no de las circunstancias cambiantes. Lo material es temporal, pero lo invisible es eterno. La fe, la esperanza y el amor son realidades eternas que trascienden esta vida y permanecen para siempre.

La relación con Cristo como fundamento eterno

Cuando el tiempo llegue a su fin, lo que verdaderamente contará será nuestra relación personal con Jesucristo. No será suficiente la cercanía con familiares o la buena reputación social. Cristo es el único abogado que puede defender nuestra causa delante de Dios. La salvación está ligada a creer en el corazón y confesar con la boca que Jesús es el Señor.

El bautismo y la Santa Cena no son simples rituales, sino

señales visibles del pacto que representa la muerte de Cristo. A través de ellos se proclama públicamente la obra del Calvario. El Espíritu Santo da testimonio en el cielo y registra esta confesión, porque seguir a Cristo implica entender el costo del discipulado y decidir voluntariamente caminar con Él.

La Palabra eterna y la certeza de la adopción

Dios nos ha redimido de la ley y de la condenación que esta traía, y nos ha recibido como hijos adoptivos. El apóstol Pablo afirma que quien no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él. Cuando el corazón se abre al Verbo, la Palabra produce vida nueva, y Cristo nace en el interior del creyente. Esta transformación no es teórica, sino espiritual y real.

El Espíritu Santo testifica a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. La adopción a la que Pablo se refiere, basada en el contexto romano, era completa e irreversible. De la misma manera, tanto judíos como gentiles que han sido injertados en Cristo son hijos verdaderos, con la misma dignidad y herencia delante de Dios.

El espíritu de adopción y la herencia en Cristo

La Escritura enseña que no hemos recibido un espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino un espíritu de adopción. Este espíritu nos permite llamar a Dios “Abba, Padre”, y nos confirma como herederos de Dios y coherederos con Cristo. Esta herencia no excluye el padecimiento, ya que compartir la gloria de Cristo también implica participar de sus sufrimientos.

La vida cristiana no es una evasión del dolor, sino una

transformación del sentido del sufrimiento. El creyente sufre con esperanza, sabiendo que su identidad ya no está ligada a la esclavitud del pecado, sino a la filiación divina.

Elección divina y propósito eterno

Efesios capítulo 1 declara que Dios nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo. Esta elección no surge en el tiempo, porque para Dios no existe pasado ni futuro, sino un eterno presente. Fuimos escogidos para ser santos y sin mancha delante de Él en amor, y predestinados para ser adoptados como hijos según su voluntad.

Esta verdad revela que la salvación no es improvisada, sino parte del plan eterno de Dios. La adopción es un acto de gracia que responde al propósito divino, no al mérito humano.

Redención de la maldición de la ley

La Biblia enseña que Cristo nos redimió de la maldición de la ley al hacerse maldición por nosotros en la cruz. La ley traía condenación, muerte, temor, esclavitud y miseria, pero Cristo cargó con todo ello para darnos la bendición. En la cruz, Él tomó nuestra culpa y nos liberó del peso espiritual que nos oprimía.

La maldición fue quitada y reemplazada por la bendición. En Cristo, toda palabra de maldición pierde su poder, porque Él ya llevó el castigo. Esta liberación no es solo doctrinal, sino una realidad que transforma la vida del creyente.

La bendición de Abraham por la fe

La bendición que Dios dio a Abraham alcanza ahora a todos los que creen en Cristo. Esta bendición no se recibe por obras, sino por la fe en Jesucristo, quien obedeció perfectamente al Padre. En Él somos unidos a Dios y participamos de la promesa

que fue anunciada desde Génesis.

La fe es el medio por el cual el creyente toma lo que Dios ha provisto. Así como Abraham creyó y le fue contado por justicia, hoy la bendición se recibe al creer en la obra completa de Cristo.

Cristo como revelación plena de Dios

La Escritura revela a Dios bajo distintos nombres que expresan su obra. Elohim muestra al Dios creador, mientras que Jehová revela al Dios redentor. Jesucristo es la manifestación visible de ese Dios eterno, el Verbo hecho carne, Emanuel, Dios con nosotros.

El Nuevo Testamento afirma que la gracia y la paz proceden de Dios Padre y del Señor Jesucristo, confirmando que Cristo es Dios manifestado en carne. Él no es solo un enviado, sino la revelación plena del carácter y la voluntad de Dios.

Liberación de las tinieblas y traslado al reino de Dios

Colosenses capítulo 1 declara que Dios nos libró de la potestad de las tinieblas y nos trasladó al reino de su amado Hijo. La palabra potestad implica autoridad legal, lo que significa que Satanás ya no tiene derecho sobre la vida del creyente. Aunque puede intentar atacar, carece de autoridad legítima.

La redención por la sangre de Cristo trae perdón de pecados y una nueva ciudadanía espiritual. El creyente ya no pertenece al dominio de las tinieblas, sino al reino de Dios, donde vive bajo su gobierno y protección.

El bautismo y la nueva vida en Cristo

El bautismo representa la identificación con la muerte y resurrección de Cristo. Así como la circuncisión era una señal del pacto antiguo, el bautismo simboliza el fin del viejo hombre y el inicio de una vida nueva. Ser sepultados con Cristo implica dejar atrás la esclavitud del pecado y la maldición.

Al salir del agua, el creyente proclama que ha resucitado a una vida nueva por el poder de Dios. Esta experiencia expresa públicamente una realidad espiritual que ya ha ocurrido en el corazón.

Justificación por la fe y vida transformada

Cristo fue entregado por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación. Dios no solo perdona, sino que justifica, imputando la justicia de Cristo al creyente. Esta justicia no se gana, se recibe por la fe.

La fe deposita en nuestra cuenta espiritual la justicia de Cristo, y al mismo tiempo Dios imparte su vida para que esa justicia sea vivida día a día. La salvación no termina en el perdón, sino que se manifiesta en una vida transformada.

La Iglesia como cuerpo espiritual de Cristo

Por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, que es la Iglesia de Cristo. Esta iglesia es espiritual y universal, no una institución visible. Todo creyente que ha nacido de nuevo forma parte de esta gran familia de Dios.

La entrada a este cuerpo no se produce por rituales humanos, sino por la fe en Cristo. El Espíritu Santo es quien incorpora al creyente y confirma su identidad como hijo de Dios.

Identificación pública con Cristo y fidelidad en la fe

Identificarse con Cristo implica confesarlo sin vergüenza. Él se identificó con la humanidad al encarnarse, servir y morir en la cruz. El creyente está llamado a identificarse con su muerte y resurrección, proclamando que pertenece a Cristo.

La historia de los primeros cristianos muestra que esta fe fue vivida con valentía incluso hasta la muerte. Su testimonio revela que la fe verdadera no se niega ante la presión, sino que persevera hasta el final.

Obligaciones y privilegios de ser hijo de Dios

Ser hijo de Dios implica responsabilidades. El creyente está llamado a obedecer la verdad, amar sin fingimiento, predicar el evangelio, orar por obreros y compartir para la obra de Dios. Estas no son cargas, sino expresiones naturales de una vida transformada.

Los beneficios de ser hijo de Dios incluyen su amor incondicional, su provisión y la esperanza eterna. Cristo abrió el camino, cargó con nuestras culpas y nos dio su Espíritu. Solo pide fe, una fe que confía, obedece y permanece.

La adopción como hijos de Dios es uno de los mayores beneficios del Calvario. En Cristo somos libres, redimidos y trasladados al reino de su amado Hijo, viviendo ahora y para siempre bajo la gracia de Dios.